

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO



TEOLOGÍA Y CATEQUESIS

**El diálogo en el dinamismo
evangelizador de la Iglesia**

NÚMERO 150 / AÑO 2021

RICHI ALBERTI, G., *Una débil criatura lleva a Dios. Vademécum de eclesiología* (didaskalos, Madrid 2020), 228 pp. ISBN: 978-84-171-8553-4.

Gabriel Richi Alberti, Catedrático de Eclesiología en la Facultad de Teología de la Universidad Eclesiástica de San Dámaso, plantea en la introducción de esta publicación la necesidad de ofrecer tanto a alumnos como a profesores un “instrumento básico que les permita conocer los contenidos fundamentales según la propuesta sistemática del docente” (p. 9).

El presente *vademécum* o ensayo –en el sentido de “intento”– tiene como finalidad exponer lo que la Trinidad ha querido comunicarnos de su propia vida y de su designio de salvación a propósito de la Iglesia a partir de tres claves fundamentales: su identidad (el pueblo de Dios sacramento universal de salvación), su forma propia (la comunión) y su finalidad (la misión).

Para lograr el primer objetivo, el autor se pregunta sobre la esencialidad de la Iglesia para los cristianos, toda vez que estos viven dentro de una cultura postmoderna que tiende, entre otras cosas, a primar el tiempo presente, el narcisismo autorreferencial o la eliminación de toda referencia espacial (cf. p. 20). Para responder a esta cuestión, el autor se retrotrae al método que Dios mismo ha utilizado para comunicarse con los seres humanos, mostrando que la Iglesia pertenece a “lo esencial” del cristianismo porque “constituye el camino, el acceso que Dios mismo ha querido establecer para darse a conocer humanamente a los hombres” (p. 26).

A partir de esta premisa, el autor explicita las perspectivas metodológicas que guían este *vademécum*; perspectivas centradas en la enseñanza del Vaticano II, y que tienen que ver con la pertenencia de la Iglesia al evento mismo de la revelación, en cuanto encuentro de libertades –la libertad de Dios, que siempre *primerea*, y la libertad del ser humano, en cuanto interlocutor y colaborador del plan salvífico de Dios–. En este sentido, la Iglesia, a pesar de ser una “débil criatura”, puede anunciar y testimoniar a Jesucristo –contemporáneo de la libertad de cada hombre–, a partir de su carácter sacramental, siendo el Espíritu Santo el que realiza y garantiza la mediación salvífica de la Iglesia en la historia de los hombres (concentración sacramental) y, al mismo tiempo, el que guía y sostiene, por medio de la Iglesia, la libertad de los fieles haciendo posible la obediencia de la fe y la cooperación con la obra de la salvación (concentración antropológica) (cf. pp. 39-40). Ejemplo y modelo de esta doble *concentración* la encontramos en la Virgen María en cuanto “tipo de la Iglesia”, pues en ella se vislumbra el misterio eclesial como misterio de acogida y de cooperación al plan salvífico de Dios. A partir de esta doble *concentración* en la Iglesia, el autor propone una eclesiología esencialmente pastoral –en sintonía con el planteamiento eclesiológico del Papa Francisco de “Iglesia en salida”–, al servicio del encuentro entre la libertad de Dios y la libertad del hombre.

A partir de estas perspectivas metodológicas, y teniendo como punto de partida y clave de interpretación el documento conciliar *Lumen gentium*, Richi Alberti aborda desde el capítulo cuarto al séptimo la cuestión sobre quién es la Iglesia, indagando

sobre su origen, su ser pueblo de Dios sacramento universal de salvación y su santidad constitutiva. Desde el capítulo octavo al undécimo, se aborda el acontecer de la Iglesia como comunión: comunión de los fieles, comunión jerárquica y comunión de Iglesias. Por último, el capítulo duodécimo afronta el "para qué" de la Iglesia: la misión que nace de su sacramentalidad y catolicidad constitutivas.

En cuanto al origen de la Iglesia, el autor amplía el tradicional vínculo entre Cristo y la Iglesia para situarlo en el marco trinitario e histórico-salvífico, en el que las misiones del Hijo y del Espíritu aparecen como co-constitutivas de dicho origen (cf. p. 63). De este modo, se entienden mejor la relación entre la Iglesia y el Reino y la universalidad que forma parte de su esencia.

Particularmente interesante es la reflexión sobre la sacramentalidad de la Iglesia, a partir de la imagen de la Iglesia Cuerpo y Esposa de Cristo (cf. pp. 77-80). Haciendo una fina exégesis de los textos conciliares, el autor muestra la raíz cristológica y pneumatológica de la Iglesia, no ciñéndose al evento de la Encarnación, sino "al acontecimiento salvífico de Cristo íntegramente, es decir, incluyendo las referencias al misterio pascual y a la efusión del Espíritu" (p. 82). A modo de síntesis de la enseñanza conciliar, y siguiendo a autores como Marie-Joseph Le Guillou y Angelo Scola, el autor considera a la Iglesia como "sacramento del misterio", una expresión que además de dar cuenta del designio salvífico de la Trinidad –del que la Iglesia es su signo e instrumento, así como su manifestación visible y eficaz en la historia–, salvaguarda la especificidad y la prioridad ontológica de los sacramentos –en especial, de la Eucaristía– respecto de la Iglesia.

Otra de las cuestiones relevantes de esta publicación es la puesta en relación entre la sacramentalidad de la Iglesia y la categoría de "pueblo de Dios"; de este modo, se explica que la Iglesia es, al mismo tiempo, *de Trinitate* (origen) y *ex hominibus* (acontece antropológicamente), aunque con la salvedad de que la Iglesia no acontece genéricamente sino *en los fieles cristianos*. Por esta razón, explica el autor, sería más conveniente afirmar que la Iglesia es *de Trinitate ex hominibus in christifidelibus* (cf. p. 88). Entre las aportaciones de la eclesiología del pueblo de Dios, el autor señala la continuidad con la historia de la salvación que Dios ha llevado a cabo con Israel en la Antigua Alianza, la consideración de lo que es común a todos los miembros de la Iglesia, la caracterización de la Iglesia en términos de fraternidad cristiana, y el carácter peregrino de la Iglesia y, por tanto, su permanente necesidad de conversión y de reforma (cf. pp. 95-99).

Precisamente, al exponer el carácter peregrino de la Iglesia, Richi aborda la cuestión de la santidad de la Iglesia; en este sentido, hay que agradecer al autor que tome en consideración la realidad de los abusos en la Iglesia, puesto que suponen ciertamente un escándalo para los de "fuera" y, sobre todo, para los mismos cristianos. Una vez indicados los elementos tradicionales de autoconciencia de la Iglesia con respecto a la santidad: que es santa y no puede dejar de serlo, que los pecadores no están excluidos, y que la Iglesia se reconoce en camino y, por tanto, en dinámica de reforma hasta que el Señor vuelva (cf. pp. 104-105), el autor se pregunta cómo se dan

conjuntamente estas tres realidades. Como posible solución, el autor propone la tesis de Charles Journet, según la cual, “los pecadores pertenecen a la Iglesia por todo lo santo que queda en ellos y por la caridad de los justos que les sostiene en su camino de conversión; los justos, en cambio, pertenecen en virtud de la santidad que habita en ellos” (p. 110); una tesis que, a pesar de las críticas, implica una concepción dinámica de la santidad, tal y como aparece en el capítulo VII de *Lumen gentium*, subrayando, al mismo tiempo, que la Iglesia es santa en cuanto redimida. Otra cuestión importante es la reflexión sobre la propuesta de reforma misionera del Papa Francisco, que implica una reforma permanente de la Iglesia en vistas a su misión, como sacramento universal de salvación, y una renovación de sus fieles, puesto que la Iglesia acontece en los fieles cristianos (cf. pp. 114-115).

Si las categorías de Iglesia como pueblo de Dios y sacramento describen el *quién* y, en cierto modo, el *para qué* de la Iglesia, la categoría de la *communio* –idea central y fundamental de los documentos del Concilio, según el Sínodo de 1985– describiría, en referencia al misterio de la Trinidad y a su autocomunicación sacramental, la *forma Ecclesiae*, es decir, el *cómo* de su acontecer en la historia y en la eternidad (cf. p. 120). El autor, teniendo como referencia fundamental la estructura de *Lumen gentium*, explica el acontecer de la Iglesia en cuanto *communio christifidelium*, *communio hierarchica* y *communio Ecclesiarum* en los capítulos noveno, décimo y undécimo, respectivamente.

Dentro de la reflexión sobre la comunión eclesial, destacamos la referencia a la sinodalidad de la Iglesia, situada al interior de una dinámica de escucha recíproca con el fin de escuchar la voz del Espíritu y cuya finalidad es el consenso eclesial; un consenso que no es como la entiende el mundo, sino que, más bien, tiene por objeto “favorecer la profesión común de la única fe y la identificación de los caminos a emprender para comunicarla a los hombres y mujeres en el preciso contexto social y cultural que vive la Iglesia en cada momento histórico” (p. 129). En este marco de la sinodalidad, sorprende la invitación a superar una visión restrictiva de la función de aconsejar en la Iglesia, entendida como “voto consultivo”.

Dentro de la comunión de los fieles cristianos, nos parece muy interesante la propuesta de una teología del fiel cristiano, no solo a partir del bautismo, sino también en relación al sacramento de la confirmación y, sobre todo, de la Eucaristía (cf. p. 138), así como el planteamiento para superar una contraposición o yuxtaposición entre dones jerárquicos y carismáticos, ambos co-esenciales en el acontecer eclesial y que proceden de un mismo donante: el Espíritu Santo (cf. pp. 141-143).

Con respecto a la comunión jerárquica, que tiene que ver con la nota de apostolicidad de la Iglesia, nos parece muy aguda e iluminadora la reflexión del autor con respecto a la relación entre la apostolicidad de la Iglesia y la sucesión apostólica, en cuanto que ésta última “garantiza que el pueblo de Dios viva en la obediencia de la fe al Señor Resucitado, eucarísticamente presente en medio de su pueblo” (p. 155). En este sentido, el autor se pregunta si fue voluntad de Cristo que el primado fuese objeto de sucesión y si se puede identificar esta dinámica de sucesión con la sede de Roma; estas y otras cuestiones, como la naturaleza de las Conferencias Episcopales,

se comprenden mejor a partir de la concepción sacramental de los ministerios en el seno de la Iglesia.

Con respecto a la unidad y la comunión de las Iglesias, Richi Alberti parte de la consideración de que la forma comunal del pueblo de Dios acontece históricamente en las Iglesias locales; en cuanto comunión de Iglesias (cf. p. 169). Dentro de este capítulo, el autor intenta explicar la relación entre la Iglesia universal y la Iglesia particular o local, entendiendo que se trata de dos dimensiones constitutivas de la Iglesia, y en clave de "recíproca inmanencia" o "mutua interioridad" (cf. p. 175). Quizá lo más novedoso es que el autor plantea que la unidad eclesial se da como pluriformidad pero también como unicidad, a partir de la unicidad y universalidad del acontecimiento de Cristo, del que la Iglesia es signo e instrumento (cf. pp. 176-178). En este sentido, la cuestión de la unidad y unicidad de la Iglesia plantea el drama de la división de los cristianos, el cual, según el autor, solo será posible superar desde una concepción ecuménica que no mire tanto al pasado cuanto hacia la plenitud de la catolicidad, en sintonía con su carácter peregrino de pueblo de Dios.

En el último capítulo, titulado: *Catolicidad y misión*, el autor aborda cuestiones que tienen que ver con el "para qué" de la Iglesia —la pastoralidad—, y el sentido de su misión en el mundo, entendida esta última como relación de mutua aportación. Como en otras ocasiones, a partir de las claves eclesiológicas del Vaticano II, el autor propone como marco la catolicidad y la sacramentalidad de la Iglesia en perspectiva trinitaria para afrontar el tema de la misión. El capítulo finaliza con la necesaria referencia escatológica, mostrando que la Iglesia, en cuanto pueblo de Dios, recorre un camino que tuvo su inicio en la Pascua de Cristo que culminó en su ascensión al cielo, y que durará hasta que el Señor vuelva (cf. p. 195).

Valoramos y recomendamos vivamente este *vademécum* por su carácter sintético y por ofrecer, a partir siempre de los planteamientos eclesiológicos del Vaticano II, claves para repensar cuestiones importantes de la eclesiología en la actualidad. Es probable que echemos en falta alguna cuestión que suela aparecer en los manuales de eclesiología, un mayor desarrollo de alguno de los temas tratados, en cuyo caso, remitimos al libro del mismo autor: "La Iglesia somos nosotros en Cristo", o al menos, un esquema más "tradicional" a la hora de abordar toda esta temática; con todo, cuestiones como la perspectiva trinitaria e histórico-salvífica; el protagonismo del Espíritu; o la centralidad de la Eucaristía en la sacramentalidad de la Iglesia, en la comunión de Iglesias, en la teología del laicado o en la concepción del ministerio episcopal, hacen de este pequeño volumen una referencia imprescindible para comprender mejor la realidad eclesial de la que formamos parte por gracia de Dios; pues, como el mismo autor nos testimonia e interpela: "conocer y amar a Jesucristo en su Iglesia. ¿Acaso es posible imaginar una gracia más grande?"

Gregorio Aboín Martín